

LAS PIEDRAS SEPULCRALES ROMANAS DE LA BUREBA (BURGOS)

Una de las más ricas manifestaciones del arte en los países que estuvieron bajo la dominación romana son, sin duda, los monumentos funerarios. ¡Qué inmensa variedad de forma y de ornamentación la que se observa desde los soberbios mausoleos de la Vía Apia y de Pompei, hasta la humilde estela que tal vez no contenga sino la fórmula ritual *S(it) T(ibi) T(erra) L(evis)*, después de los nombres del difunto y del dedicante! En todas las sepulturas de esta época hay que considerar dos elementos, uno interior y exterior el otro. El primero estaba más directamente en contacto con las cenizas o restos del finado, no siendo por eso visible al exterior, y el segundo se colocaba sobre el primero adornado casi siempre con símbolos e inscripciones. Sabemos que antes del imperio existían ya los dos ritos, de inhumación e incineración, dándose de ordinario la preferencia al segundo. En el siglo II empezó a prevalecer el rito de la inhumación, lo

que motivó un cambio notable en el elemento interior de las sepulturas. En efecto, las urnas cinerarias se transforman en sarcófagos rectangulares, ordinariamente de piedra, y en sepulturas de *tegulae* para gente pobre. No sucedió lo mismo con la forma exterior, que varió poco con el cambio de rito, y así vemos que los ejemplares más ordinarios están constituidos siempre por estelas, lápidas y cipos, tanto en la república como en el imperio. En ciertas regiones han aparecido algunas formas más raras y enteramente locales: tal es la forma de *cupa*, *dolium* o *pipa*, bastante vulgar en el sur de nuestra Península y más principalmente en Portugal, en donde ha sido estudiada por Leite de Vasconcellos en su conocida obra «Religiões da Lusitania», y por Alves Pereira ex-conservador del Museo Etnológico Portugués y correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid (1). Según este último autor, la forma de *cupa* proviene inmediatamente del África romana, habien-

do pasado por el estrecho al sur de la Península. En África, no obstante, se considera de procedencia oriental introducida por los Fenicios. En efecto, esta forma es tradicional en Fenicia y Palestina, y aun hoy se ve adoptada en Siria por los árabes.

La forma de *pipa* se convierte con frecuencia en la de *arca* o *baúl*. Para Hübner esta nueva forma es la de un cilindro tumbado, y según Cagnat es una media columna en la misma posición. Aparece más veces que las *cupae*: en el museo Provincial de León

hemos visto hace poco dos bellos ejemplos de esta forma, cuyos epígrafes fueron ya registrados por Hübner en el *Corpus*, bajo los números 5689 y 5691.

Los términos *cupa*, *cupla*, *cupula* y *cupella*, fueron introducidos en la epigrafía como sinónimos de *sarcófago*, lo que puede verse en muchas inscripciones de Roma y África y en una del Museo de Barcelona en la que se lee: *Caelia Quartula fecit patri cupa(m)*.

¿Cuál será la explicación de este símbolo funerario? Por de pronto no parece ser exclusivamente pagano, ya que su uso se fué perpetuando entre los cristianos de los primeros siglos. En el museo Lavigerie, de Cartago, existe al presente un gran *dolium*, cuya inscripción, hecha por el propio artífice del monumento, es sin duda del siglo VI. Si nos fijamos en una inscripción africana conservada en el museo de Cherchel y en la que se lee: *cupula superstes rog(i)*, podremos afirmar que tales monumentos servían sólo para perpetuar la memoria del difunto sin contener sus restos.

Leclercq, hablando sobre varias pinturas y grabados de *dolia* en sepulturas cristianas, admite dos explicaciones. La primera es que tal vez tales sepulturas hayan pertenecido a verdaderos fabricantes de barriles o pipas: la segunda, que su uso no sea más que un simple juego de palabras. Para probar esta segunda hipótesis trae argumentos que no dejan de tener su peso. Se ha encontrado, dice, un león grabado en la sepultura de un tal *Leo*, y en la de una tal *Capriola* una cabra dibujada. ¿No será por eso el *dolium* símbolo del dolor o de *dolere*? Lo más curioso es que en una inscripción cristiana de Roma, bajo el renglón que contiene: *Julio Filio Pater doliens (sic)*, están gra-

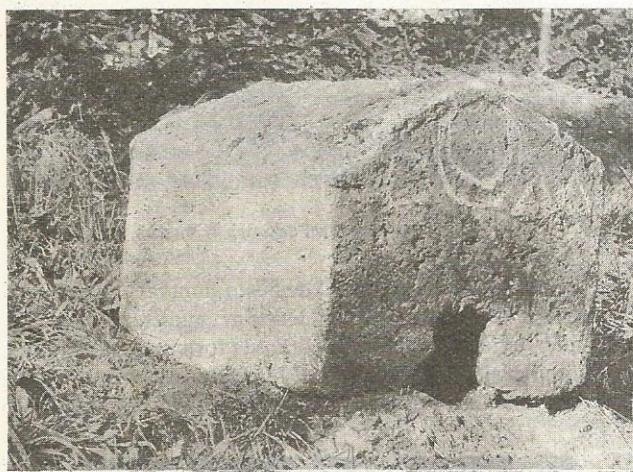


Fig. 1. Piedra sepulcral de Soto de Bureba

(1). Véase *O Archeólogo Portugués*, vol. XIV, p. 261, vol. XIX, p. 324 y vol. XXI, p. 203, en que el doctor Félix Alves Pereira da cuenta de varios hallazgos de *cupae* en los alrededores de Lisboa. El origen oriental de dicha forma lo probó en una comunicación a la Asociación de los Arqueólogos Portugueses.

bados dos *dolia*. Leite de Vasconcellos supone con todo, que las *cupae* de piedra son restos de antiguos ritos funerarios, y en los que los cuerpos de los muertos se hallaban encerrados en verdaderas pipas de madera.

Estos datos servirán quizá para entender mejor el tipo especial de los monumentos funerarios de La Bureba. El cilindro o baúl de otras regiones se halla convertido aquí en un templo, como puede verse en las figuras que acompañan esta modesta noticia. La mayor de estas piedras proviene de Soto de Bureba (véase la fig. 1), de cuya estación romana se ha hablado ya en esta Revista (IBÉRICA, vol. XV, número 364, pág. 92). Mide 0'62 m. de largo,

por 0'45 m. de ancho y 0'44 m. de alto, y es de piedra caliza de la región. En la parte anterior presenta, como otros de estos sitios, una cavidad o hueco. ¿Tendrá este hueco la misma significación simbólica de la puerta y del arco de muchos monumentos fúnebres? Este sillar tuvo también su inscripción, lastimosamente gastada por el tiempo. En la parte superior queda todavía el cuadrante lunar entre las siglas clásicas D(iis) M(anibus), que hemos reforzado con tiza para que en la fotografía resaltara más.

El disco lunar aparece con las mismas dimensiones en otro epígrafe de Quintanaélez, descifrado y publicado por el P. Fita, S. J.

La luna y en general los signos representando astros, son símbolos muy ordinarios en las estelas funerarias, aunque la primera se ve con más frecuencia en las regiones célticas, resto quizá de algún culto especial. Sin embargo no son exclusivos de los monumentos fúnebres, porque en León por ej., existe una lápida votiva dedicada a Mercurio y en Lisboa otra consagrada a Júpiter en las que aparece igualmente el disco lunar acompañado de estrellas. En La Bure-

ba se han encontrado bastantes con estos símbolos: en Quintanaélez y en Soto con el creciente lunar; en Pedrajas (Poza) con un gran astro radiado y en Salas con el grupo del disco y la estrella repetido tres veces (fig. 2). En la de Quintanaélez que aun hoy día

existe casi abandonada en la carretera de Miranda, se ven además dos palomas sosteniendo con sus picos una cinta: no es la primera vez que aparece tal símbolo en inscripciones de este género.

La cabeza estilizada de otra piedra de Soto (fig. 3) se ve también en una inscripción encontrada no muy lejos de Sevilla; y en el museo provincial de Burgos hay depositada una estela en forma

de busto humano. No es raro también encontrar alrededor de nuestras iglesias y ermitas románicas piedras de forma parecida a la de una cabeza, señalando el lugar de antiguas sepulturas cristianas, lo que no deja de ser indicio manifiesto de que tal costumbre prevaleció durante muchos siglos en nuestro suelo.

El P. Fita es de opinión que estos sillares de La Bureba representan verdaderos templos dedicados a los manes.

Sin embargo, en la gran mayoría de ellos no aparecen las letras clásicas de la dedicación D M, de que hemos hablado antes; de los diez sillares que hemos podido ver, seis por lo menos no las tienen.

¿No serán, más bien, tales monumentos meramente una derivación de las *cupae* de otras regiones, o una imitación exterior, hecha en piedra, de las sepulturas de *tegulae* que se ven con tanta frecuencia en todo el *orbis romanus*?

EUGENIO JALHAY, S. J.

Colegio de S. F. Javier, Oña (Burgos).

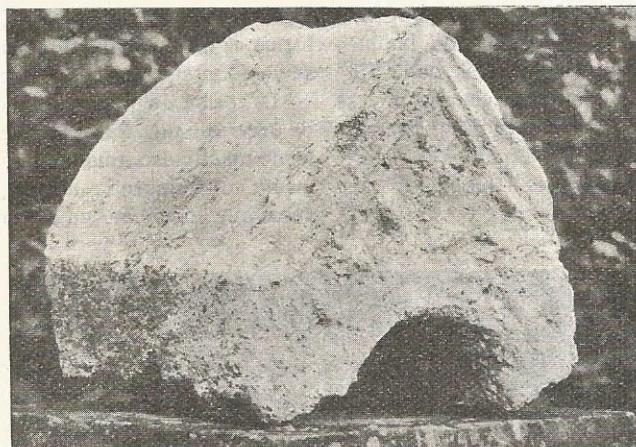


Fig. 2. Piedra sepulcral de Salas de Bureba



Fig. 3. Sillar epigráfico de Soto de Bureba

■ ■ ■